

dejaba ya, y expresaba su pensamiento por exclamaciones ó encogiéndose de hombros sencillamente. De cuando en cuando, se enjugaba la frente con un pañuelo de bolsillo hecho una morcilla, que llevaba sobre el pecho entre dos botones de su levitón verde; su pantalón era de pliegues, sus zapatos abotinados, y su corbata larga, y su sombrero de alas abarquiliadas le daba á conocer desde lejos, entre la multitud.

A las ocho de la mañana, bajaba de las alturas de Montmartre, para tomar el vino blanco en la calle Nuestra Señora de las Victorias. Su almuerzo, seguido de muchas partidas de billar, le duraba hasta las tres; entonces se dirigía hacia el paraje de los Panoramas para el ajenjo. Después de la sesión en casa de Arnoux, entraba en el cafetín Bordelés, para el *vermout*; luego, en vez de reunirse con su mujer, prefería comer sólo amenudo en otro cafetín de la plaza Gaillon, donde quería que le sirviesen «platos caseros, cosas naturales.» Por fin, se trasportaba á otro billar, y allí permanecía hasta media noche, hasta la una, hasta el momento en que apagado el gas y cerradas las ventanas, el dueño del establecimiento, extendido, le suplicaba que se fuese.

Y no era la afición á las bebidas lo que llevaba á aquellos sitios al ciudadano Regimbart, sino la costumbre antigua de hablar en ellos

de política; con la edad, había caído su verbosidad, y sólo le quedaba una morosidad silenciosa. Habríase dicho, al ver lo serio de su cara, que el mundo rodaba por su cabeza; nada salía de ella, y nadie, áun sus amigos, le conocían ocupaciones, aunque se diera por hombre de negocios.

Arnoux parecía estimarle extraordinariamente, y dijo un día á Federico:

—Ese, sabe mucho. Es un hombre que vale.

En otra ocasión, Regimbart extendió sobre un pupitre papeles concernientes á las minas de kaolin en Bretaña; Arnoux se sometía á su experiencia.

Federico se mostró más ceremonioso hácia Regimbart, hasta ofrecerle ajenjo de cuando en cuando; y aunque le juzgase estúpido, con frecuencia permanecía en su compañía durante una hora larga, únicamente porque era el amigo de Jacobo Arnoux.

Después de haber trabajado en sus principios con maestros contemporáneos, el comerciante de cuadros, hombre de progreso, había procurado, conservando sus aires artísticos, extender sus provechos pecuniarios. Buscaba la emancipación de las artes, lo sublime á poco precio. Todas las industrias del lujo parisiense sufrieron su influjo, que fué bueno para las cosas pequeñas, y funesto para las grandes.

Con su rabia de adular la opinión, separó de su camino á los artistas hábiles y corrompió á los fuertes, agotó á los débiles é ilustró á los medianos, disponiendo de ellos por sus relaciones y por su revista. Los principiantes ambicionaban ver sus obras en su vitrina y los tapiceiros tomaban de su casa modelos para mobiliarios. Federico le consideraba á la vez como millonario, como *aficionado*, como hombre de acción. Muchas cosas, sin embargo, le sorprendían, porque el Sr. Arnoux era malicioso en su comercio.

Recibía del fondo de Alemania ó de Italia un lienzo comprado en París por mil quinientas pesetas, y exhibiendo una factura que subía á cuatro mil, lo revendía en tres mil quinientas por complacencia. Una de sus tretas ordinarias con los pintores, era exigir como alboroque una reducción del cuadro, bajo pretexto de publicar el grabado, vendía siempre la reducción y el grabado jamás parecía. A los que se le quejaban de ser explotados, contestaba con un golpecito en el abdomen. Por otra parte, excelente, prodigaba los cigarros, tuteaba á los desconocidos, se entusiasmaba por una obra, ó por sus hombres, y obstinándose entonces, no mirando á nada, multiplicaba los pasos, las correspondencias, los reclamos. Creíase muy honrado, y en su necesidad de expansión, contaba

cándidamente sus propias faltas de delicadeza.

Una vez, para vejar á un colega que inauguraba otro periódico de pintura con un gran festín, rogó á Federico que escribiera á su vista, un poco antes de la hora de la cita, cartas en que se desconvidaba á los convidados.

—Esto no ataca el honor ¿comprende Vd.?

Y el joven no se atrevió á rehusarle aquel servicio.

Al día siguiente, al entrar con Hussonnet, en su escritorio, Federico vió por la puerta (la que se abría á la escalera) el bajo de un vestido que escapaba.

—Mil perdones—dijo Hussonnet.—Si yo hubiera sabido que había aquí mujeres...

—¡Oh! esta vez era la mía—contestó Arnoux.—Subía á hacerme una visitita al pasar.

—¿Cómo?—preguntó Federico.

—Pues sí, que se va á casa.

El encanto de las cosas ambientes se rompió en el acto. Lo que presentía allí confusamente esparcido, acababa de desvanecerse, ó por mejor decir, nunca había estado allí; experimentaba una sorpresa infinita y como el dolor de una traición.

Arnoux, andando en su cajón, se sonreía.

¿Se burlaba de él?

El dependiente depositó sobre la mesa un rollo de papeles húmedos.

—¡Ah! los anuncios—exclamó el comerciante.—No sé á qué hora comeré esta noche.

Regimbart cogió su sombrero.

—¡Cómo! ¿me deja Vd.?

—Son las siete—dijo Regimbart.

Federico le siguió.

En la esquina de la calle Montmartre, se volvió; miró las ventanas del primer piso, y se rió interior y compasivamente de sí mismo, recordando con qué amor las había contemplado muchas veces.

¿Dónde vivía ella entonces?

¿Cómo encontrarla ahora?

La soledad se hacía en torno de su deseo más inmensa que nunca.

—¿Viene Vd. á tomarlo?—dijo Regimbart.

—¿Tomar qué?

—El ajeno.

Y cediendo á sus ruegos, Federico se dejó llevar al cafetín Bordelés. Mientras que su compañero, apoyado en el codo, miraba la garrafa, se fijaba él á derecha é izquierda; pero vió el perfil de Pellerin en la acera, tocó con fuerza en los cristales, y apenas se sentó el pintor, cuando Regimbart le preguntaba por qué no iba ya al «Arte industrial».

—¡Que reviente, si vuelvo por allí! Es un bruto, un burgués, un miserable, un pillo.

Aquellas injurias lisonjaban la cólera de

Federico; pero con todo le ofendían, pareciéndole que algo tocaba en ellas á la señora de Arnoux.

—¿Qué es lo que le ha hecho á Vd.?—dijo Regimbart.

Pellerin pegaba con el pie en el suelo y solaba con fuerza, en vez de contestar.

Entregábase á trabajos clandestinos, tales como retratos á dos lápices ó imitaciones de grandes maestros para los aficionados poco inteligentes; y como aquellos trabajos le humillaban, prefería callarse, generalmente; pero la avaricia de Arnoux le exasperaba demasiado, y se desahogó.

Según un encargo, que Federico había presenciado, le había llevado dos cuadros. El comerciante entonces se había permitido criticarlos, censurando la composición, el color y el dibujo, el dibujo sobre todo; en resumen, que no los quiso á ningún precio. Pero obligado por el vencimiento de un pagaré, Pellerin los cedió al judío Isaac, y quince días más tarde, el mismo Arnoux los vendía á un español en dos mil pesetas.

—Ni un céntimo menos. ¡Qué canallada! y ha hecho bastantes más, ¡vive Dios! Hemos de verle cualquier día en los tribunales.

—¡Cómo exajera Vd.!—dijo tímidamente Federico.

—Vamos, bueno, exajero—gritó el artista, dando sobre la mesa un gran puñetazo.

Aquella violencia volvió al joven todo su aplomo.

—Indudablemente que podía conducirse más amablemente; sin embargo, si Arnoux encontraba aquellos dos lienzos...

—¿Malos?... suelte Vd. la frase. ¿Los conoce usted? ¿Es su oficio de Vd.? Pues sepa Vd., jovencito, que yo no admito eso de aficionados.

—Esos no son negocios míos—dijo Federico.

—¿Qué interés tiene Vd. entonces para defenderle?—contestó Pellerin friamente.

El joven balbuceó:

—Pues porque soy amigo suyo.

—Abrácele usted en mi nombre. Buenas noches.

Y el pintor salió furioso, sin hablar, claros, de lo que había consumido.

Federico se convenció á sí propio al defender á Arnoux. En el calor de su elocuencia, se sintió lleno de ternura hacia aquel hombre inteligente y bueno, á quien sus amigos calumniaban, y que al presente trabajaba completamente solo, abandonado; y no resistió á la singular necesidad de volverle á ver inmediatamente.

Diez minutos después empujaba la puerta del almacén.

Arnoux elaboraba, con su dependiente, anuncios mónstruos para una exposición de cuadros.

—¡Calle! ¿qué le trae á Vd. de nuevo?

Aquella sencilla pregunta turbó á Federico, y no sabiendo qué responder, preguntó á su vez si no habían encontrado, por casualidad su libro de memorias, pequeñito de cuero azul.

—¿En el que mete Vd. las cartas de las mujeres?—dijo Arnoux.

Federico, ruborizándose como una virgen, se defendió de semejante sospecha.

—¿Los versos, entonces?—replicó el comerciante.

Manejaba las pruebas extendidas, discutía su forma, el color, la orla, y Federico sentíase más y más irritado por su aire de meditación, y sobre todo, por sus manos, que andaban por encima de los anuncios; grandes manos, un poco blandas, de uñas chatas. Por fin, Arnoux se levantó, y diciendo—Se acabó—le pasó la mano por la barba, familiarmente.

Aquella libertad desagradó á Federico, que se hizo atrás; después atravesó el dintel de la oficina, por la última vez de su existencia, según creía.

La señora de Arnoux misma, aparecía á sus ojos como empequeñecida por la vulgaridad de su marido.

En aquella misma semana recibió una carta de Deslauriers, anunciándole que llegaría á París el próximo jueves. Entonces se entregó vehementemente á aquel afecto más sólido y más elevado. Semejante hombre valía por todas las mujeres. Ya no tendría necesidad de Regimbart, de Pellerin, de Hussonnet, de nadie.

Para alojar mejor á su amigo, compró una cama de hierro, una butaca más, y desdobló todo el tren de cama; y el jueves por la mañana, se estaba vistiendo, para ir á buscar á Deslauriers, cuando sonó la campanilla de su puerta y entró Arnoux.

—Una palabra solamente. Ayer me han enviado de Ginebra una hermosa trucha; contamos con Vd. luego, á las siete en punto; calle de Choiseul, 24, duplicado; no se olvide usted.

Federico se vió precisado á sentarse; sus rodillas se doblaban, y se repetía:

—¡Por fin, por fin!

Después escribió á su sastre, su sombrerero y su zapatero, haciendo que llevasen las tres cartas tres mandaderos diferentes.]

La llave dió vuelta en la cerradura, y se presentó el conserje con una maleta al hombro.

Federico, al ver á Deslauriers, se puso á

temblar como mujer adúltera ante la mirada de su esposo.

—¿Qué es lo que te pasa?—dijo Deslauriers—debes haber recibido, sin embargo, una carta mía.

Federico no tuvo valor para mentir. Abrió los brazos y se abrazó á su amigo. En seguida el pasante, contó su historia.

Su padre no había querido rendir cuentas de su tutela, imaginándose que aquellas cuentas prescribían á los diez años. Pero fuerte en procedimientos Deslauriers, había, por fin, arrancado toda la herencia de su madre, siete mil pesetas netas, que llevaba encima en una cartera vieja.

—Esa es una reserva para caso de desgracia; es preciso que piense en colocarlas y en colocarme yo mismo, desde mañana por la mañana. Hoy vacaciones completas, y todo tuyo, amigo mío.

—¡Oh, no te molestes!—dijo Federico—Si tienes para esta noche algo importante...

—Vamos; sería yo un gran miserable...

Aquel epíteto, lanzado al acaso, dió á Federico en el fondo de su corazón, como una alusión ultrajante.

El conserje había preparado la mesa, cerca del fuego, chuletas, galantina, una langosta, un postre y dos botellas de vino de Burdeos.

Tan buena acogida conmovió á Deslauriers.

—Me tratas á lo rey, palabra de honor.

Hablaron de su pasado, del porvenir, y de cuando en cuando, se estrechaban las manos por encima de la mesa, mirándose un minuto con ternura. Pero un mandadero trajo un sombrero nuevo. Deslauriers observó en voz alta su brillantez.

Después vino el sastre mismo á traer el frac que había planchado.

—Parece que vas á casarte— dijo Deslauriers.

Una hora más tarde surgió un tercer individuo, y sacó de un saco grande, negro, un par de botas de charol, espléndidas. Mientras que Federico se las probaba, el zapatero se fijaba, únicamente, en el calzado del provinciano.

—El señor ¿no necesita nada?

—Gracias— contestó el pasante, metiendo debajo de la silla sus zapatos viejos de cordones.

Aquella humillación mortificó á Federico. Vacilaba en confesar, mas por fin, exclamó, como recordando algo:

—¡Pardiez, se me olvidada!

—¿El qué?

—Que esta noche como fuera.

—¿En casa de los Dambreuse? ¿Por qué no me hablabas nunca de ellos en tus cartas?

No era en casa de los Dambreuse, sino en casa de los Arnoux.

Debías habérmelo advertido—dijo Deslauriers—y hubiera venido un día después.

—Imposible—contestó bruscamente Federico.—No me han invitado hasta esta mañana, hace poco.

Para rescatar su falta y distraer de ella á su amigo, desató los cordeles enmarañados de su maleta y arregló en la cómoda todos sus efectos; hasta quiso darle su propia cama y acostarse en la leñera.

Después, desde las cuatro empezó los preparativos para vestirse.

—¿Tienes mucho tiempo?—dijo el otro.

Por fin se vistió y se fué.

—Estos son los ricos pensó Deslauriers; y salió á comer á un modesto restaurant que conocía.

Federico se detuvo muchas veces en la escalera; tan fuertemente palpitaba su corazón. Uno de sus guantes, demasiado estrecho, estalló; y mientras ocultaba el desgarrón con el puño de camisa, Arnoux, que subía detrás, le cogió por el brazo y le hizo entrar.

La antesala, decorada á lo chino, tenía un farol pintado, en el techo, y bambús en los rincones.

Al entrar en el salón, Federico tropezó en

una piel de tigre; no habían encendido los candelabros, pero dos lámparas ardían en el gabinete al fondo.

La señorita Marta vino á decir que su mamá se estaba vistiendo, y Arnoux la levantó á la altura de su boca para besarla; luego, queriendo escojer por sí mismo en la cueva ciertas botellas de vino, dejó á Federico con la niña.

Había crecido mucho desde el viaje de Montereau. Sus cabellos oscuros caían en tirabuzones. Su traje más hueco que falda de bailarina, dejaba ver sus pantorrillas color de rosa, y toda su gentil persona parecía fresca como un ramo de flores. Recibió los cumplidos del caballero con aires de coqueta, fijó en él sus profundos ojos, y después, deslizándose entre los muebles, desapareció como un gato.

Ya no sentía la menor turbación. Los globos de las lámparas, cubiertos con un encaje de papel, despedían ténue claridad, que cambiaba el color de las paredes, raso malva. A través de las hojas de la pantalla que parecía gran abanico, se divisaban los carbones de la chimenea; delante del reló había un cofrecillo con cantoneras de plata. Acá y allá, se veían cosas íntimas: una muñeca en el canapé, un *fichú* sobre el respaldo de una silla, y en la mesa de costura, una labor de lana de que colgaban dos agujas de marfil, con la punta hacia abajo.

Era aquel un lugar apacible, honrado y familiar, todo junto.

Volvió Arnoux, y por la otra puerta apareció la señora. Como se veía envuelta en la sombra no distinguió al principio más que la cabeza; llevaba un traje de terciopelo negro y sujetando el cabello una larga red argelina de hebras de seda encarnada que mezclándose al peinado, le caía sobre su hombro derecho.

Arnoux presentó á Federico.

—Recuerdo al señor perfectamense—contestó ella.

Después llegaron los convidados, todos, casi al mismo tiempo: Dittmer, Lovarias, Burieu, el compositor Rosenwald, el poeta Teófilo Lorris, dos críticos de arte, colegas de Hussonnet, un fabricante de papel, y por fin, el ilustre Pedro Pablo Meinsius, último representante de la alta pintura, que llevaba gallardamente con su gloria, sus onhenta años y su grueso abdomen.

Cuando pasaron al corredor, la señora de Arnoux tomó su brazo. Una silla había quedado vacía para Pellerin, á quien Arnoux quería, sin perjuicio de explotarle. Primero temía su terrible lengua, tanto que para ablandarle, había publicado el «Arte industrial» su retrato acompañado de hiperbólicos elogios; y Pellerin más sensible á la gloria que al dinero, se presentó

hacia las ocho todo sofocado. Federico se figuró que se habían reconciliado hacía ya mucho tiempo.

La compañía, los platos, todo le agradaba. La sala, como un locutorio de la Edad Media, estaba colgada de cuero labrado; un estante holandés presentaba un verdadero armero de pipas y alrededor de la mesa los cristales de Bohemia, de varios colores, parecían en medio de las flores y de las frutas, como la iluminación de un jardín.

Pudo escojer entre diez especies de mostaza. Comió entre otras cosas gengibre, meros de Córcega; bebió vinos extraordinarios, *lip-fraoli* y Tokay. Arnoux, con efecto, se jactaba de recibir bien. Agasajaba, por causa de los comestibles, á todos los conductores de correos, y se hallaba relacionado con cocineros de grandes casas que le comunicaban sus salsas.

Pero sobre todo la conversación entretenía á Federico. Su gusto por los viajes fué acariciado por Dittmer, que habló del Oriente; sació su curiosidad hacia las cosas del teatro, escuchando á Rosenwald hablar de la ópera; y la atroz existencia de la bohemia le pareció singular, á través de la alegría de Hussonnet, que contó, de una manera pintoresca, cómo había pasado todo un invierno, teniendo por único

alimento queso de Holanda. Después, una discusión entre Lovarias y Burieu, sobre la escuela florentina, le reveló obras maestras, le abrió horizontes y difícilmente pudo contener su entusiasmo cuando exclamó Pellerin:

—Déjenme ustedes en paz con su odioso realismo. ¿Qué quiere decir eso de realismo? Los unos ven negro, los otros azul, la multitud vé bestia. Nada menos natural que Miguel Angel, nada mejo. El cuidado de la verdad exterior denota la bajeza contemporánea; y el arte llegará á ser, si se continua, no sé que salsilla por bajo de la religión como poesía, y de la política como interés. No se alcanzará su fin; sí, su fin, que es el de causarnos una exaltación impersonal, con obras pequeñas, á pesar de todos los detalles de ejecución. Que se vean los cuadros de Bassolier, por ejemplo: lindos, coquetones, limpios y lijeros; que pueden llevarse en el bolsillo, de viaje. Los notarios compran en veinte mil pesetas; hay en ellos hasta tres céntimos de idea; pero sin idea nada hay grande, sin grandeza nada hay bello. El Olimpo es una montaña. El monumento más temerario será siempre las pirámides. Vale más la exhuberancia que el gusto, el desierto que una acera y un salvaje que un peluquero.

Federico al oír aquellas cosas miraba á la señora de Arnoux; caían en su espíritu como



metales en un horno, se agregaban á su pasión y fomentaban el amor. Hallábase sentado tres sitios distante de ella, en el mismo lado. De cuando en cuando inclinábase ella un poco volviendo la cabeza, para decir algunas palabras á su hija; y como sonreía entonces, formábase un hoyuelo en su mejilla, que daba á su rostro un aire de bondad más delicada.

En el momento de los licores se ausentó. La conversación se hizo más libre; en ella brilló el Sr. Arnoux, y Federico se asombró de la vanidad de aquellos hombres. Sin embargo, su preocupación por la mujer establecía entre ellos una especie de igualdad, que le elevaba en su propia estimación.

Cuando volvió al salón, cogió por conveniencia uno de los albums de encima de la mesa.

Los grandes renombrados artistas de la época lo habían ilustrado con dibujos; habían puesto en él prosa, versos, ó sencillamente sus firmas; entre los hombres famosos, se veían muchos desconocidos, y los pensamientos curiosos descollaban sobre un verdadero desbordamiento de necedades. Todos contenían un homenaje más ó menos directo á la señora de Arnoux. Federico hubiera tenido miedo de escribir allí una línea.

Fuese ella á buscar á su gabinete el cofreci-

llo de cantoneras de plata, que Federico vió sobre la chimenea, regalo de su marido, obra del Renacimiento. Los amigos le cumplimentaron; su mujer le daba gracias; él se estremeció y delante de todo el mundo le dió un beso.

Enseguida todos hablaron á uno y otro lado, por grupos; el pobre viejo Meinsius, estaba al lado de la señora de Arnoux, en una butaca, cerca del fuego; inclinábase ella hácia su oído, sus cabezas se tocaban, y Federico hubiera aceptado el ser sordo, enfermo y feo por un nombre ilustre y cabellos blancos, en fin, por tener algo que le entronizara en una intimidad semejante; consumíase su corazón, furioso contra su juventud.

Pero vino ella al ángulo del salón, en donde él se encontraba, le preguntó si conocía á algunos de los convidados, si gustaba de la pintura; después, en cuánto tiempo, hacía que estudiaba en París.

Cada palabra que salía de su boca parecía á Federico que era una cosa nueva, dependiente exclusivamente de su persona. Miraba atentamente los flequillos de su peinado que daban en su desnudo hombro, y no separaba de allí sus ojos, hundía su alma en la blancura de aquella carne femenina, y sin embargo, no se atrevía á alzar sus párpados para mirarla cara á cara.

Rosenwald les interrumpió, rogando á la señora de Arnoux que cantara algo. Preludió él, ella esperaba; entreabrióse sus labios, y un sonido puro, largo, filado subió á los aires. Federico no comprendió nada de la letra italiana.

Empezaba aquello por un ritmo grave, como canto de iglesia; después, animándose, creciendo, multiplicaba los sonoros acentos, y de repente se apaciguaba, haciéndose amorosa la melodía con una oscilación amplia y perezosa.

Estaba ella de pié, cerca del piano, con los brazos caídos y perdida la mirada. A veces, para leer la música, entornaba los párpados adelantando la frente un instante. Su voz de contralto tomaba en las notas bajas una entonación lúgubre que helaba, y entonces su caída cabeza, de hermosas líneas, se inclinaba hácia atrás; su pecho se ensanchaba, separábanse, sus brazos, su cuello de que se escapaban los trinos se cimbreaba blandamente como á impulsos de aéreos besos... lanzó tres notas agudas, bajó, dió una más alta aún, y después de una pausa, terminó con una nota de órgano.

Rosenwald no abandonó el piano, sino que él mismo continuó tocando. De cuando en cuando uno de los convidados desaparecía. A

las once, al irse los últimos, Arnoux salió con Pellerin, con el pretexto de acompañarle, Era de esas gentes que dicen que se ponen malos sino dan una vuelta después de comer.

La señora de Arnoux se adelantó hasta la entrada; Dittmer y Hussonnet la saludaban, ella les alargó la mano, la tendió igualmente á Federico y él experimentó como una penetración en todos los átomos de su piel.

Dejó á sus amigos, por que tenía necesidad de estar solo; su corazón se desbordaba.

¿Por qué aquella mano ofrecida?

¿Era un gesto irreflexivo ó un estímulo?

—Vamos, estoy loco.

¿Qué importaba, además, puesto que podía ahora tratarla con entera libertad, vivir en su atmósfera?

Las calles estaban desiertas. A veces una pesada carreta, quebrantaba el piso. Las casas se sucedían con sus fachadas grises, sus ventanas cerradas; y pensaba desdeñosamente en todos aquellos seres humanos acostados detrás de aquellos muros, que existían sin verla, y de los que ni uno siquiera la conocía. No tenía ya conciencia del medio, del espacio, de nada; y golpeando el suelo con sus tacones, con su bastón las puertas de las tiendas, iba siempre avanzando, al acaso, perdido, arrastrado. Envolvíale un aire húmedo, y se encontró en los muelles.

Los reverberos brillaban en dos líneas rectas, indefinidamente, y largas llamas rojas vacilaban en la profundidad del agua, de color pizarroso, mientras que el cielo, más claro, parecía sostenido por las grandes sombras que se alzaban de ambos lados del río. Algunos edificios, que no se percibían, aumentaba la oscuridad.

Una bruma luminosa flotaba por encima de los tejados; todos los ruidos se fundían en un solo murmullo, y un viento ligero soplabla.

Detúvose en el centro del Poente Nuevo, y con la cabeza descubierta, y el pecho abierto, aspiraba el aire. Sentía, sin embargo subir de lo hondo de sí propio algo inagotable, un superabundante aflujo de ternura que lo enervaba, como el movimiento de las ondas ante su vista. En el reloj de iglesia sonó la una, lentamente, semejante á una voz que le llamara.

Entonces se sintió presa de esos estremecimientos del alma en que está uno trasportado á mundo superior. Una facultad extraordinaria, cuyo objeto no conocía, le dominó; preguntóse seriamente, si sería un gran pintor ó un gran poeta; decidióse por la pintura; porque las exigencias de aquel oficio le aproximarían á la señora de Arnoux.

¡Al fin había encontrado su vocación!

El fin de su existencia se abría claro y su porvenir infalible.

Cuando cerró la puerta oyó á alguien roncar, en el gabinete oscuro, cerca del cuarto. Era el otro, en el que ya no pensaba.

Vióse el rostro en el espejo, y se encontró hermoso, permaneciendo un minuto delante, mirándose.